

NIDO QUEMADO

Por Alejandro Aristimuño

I

Desperté sin poder recordar quién era yo ni dónde me encontraba, como si se me hubiese borrado la memoria por completo. Al abrir los ojos me vi acostado en una cama de dos plazas, desnudo y cubierto sólo por una sábana blanca. Aturdido y con los párpados pesados me senté en el borde del colchón y cuando intenté ponerme de pie me sentí mareado y con las piernas débiles como un par de ramas secas, por lo que me volví a sentar para reunir fuerzas. Con la espalda erguida, bajé la cabeza hasta apoyar el mentón sobre el esternón para poder estirar los músculos de cuello, absolutamente tensionados, al igual que los de mi espalda, especialmente a la altura del trapecio, donde sentía que me habían colocado varios clavos junto a la cervical. Tras unos segundos en esa posición logré un poco de relajación y divisé en el piso, a centímetros de mis pies descalzos, un *short* deportivo y una remera de mangas cortas, así que levanté ambas prendas y me vestí con ellas. Luego miré a mí alrededor y advertí que estaba solo en una habitación que, indudablemente, pertenecía a un hotel o *hostal* y no a una vivienda particular. Además de la cama había un televisor colgado de una de las paredes laterales, una mesa con dos sillas en un rincón, un diminuto distribuidor que conducía a un placar vacío y un baño con ducha, y en el extremo Este una ventana de dos hojas que indicaba con unos pocos destellos de claridad que se filtraban a través de sus cortinas del mismo color inmaculado de las sábanas que ya había amanecido.

Si no hubiese sido porque las paredes estaban pintadas de distintos colores chillones, habría pensado que se trataba de la habitación de un hospital o una clínica. El malestar físico y mental que me acompañaba podía abonar esa hipótesis, la cual fue descartada apenas vi junto a la mesa de luz una valija pequeña, de esas que caben en los compartimentos de equipaje ubicados arriba de los asientos de los aviones. Tenía cuatro

ruedas y una manija plegable, a la que estaba adherida una etiqueta de papel en la que se leía “BARAJAS”. Debo estar en Madrid, me dije, al tiempo que sobre la misma mesa de luz vi un teléfono celular encendido. Enseguida lo tomé para buscar en él datos que me permitieran recordar algo, cualquier cosa, lo que fuere. Necesitaba una mínima respuesta para no seguir pensando que me estaba volviendo loco o que aun dormía y sólo se trataba de una pesadilla. Aunque de lo único que estaba seguro en ese momento era que estaba despierto.

La fecha y hora del celular indicaba que eran las 8 del 10 de mayo, mientras que al revisar la lista de “Contactos” todos los nombres me resultaron desconocidos. Sin embargo, todos los números telefónicos correspondientes a cada uno de ellos comenzaban con +5411, es decir que se correspondía con Buenos Aires, Argentina. Pero, ¿qué hacía yo en España?

Ingresé a la opción del correo electrónico sincronizado con la cuenta de la línea telefónica y la dirección del mismo no me despejó las dudas: renahaus@gmail.com. ¿Qué significaba? ¿Era un apellido, un apodo, una abreviatura o directamente un nombre inventado?

Luego revisé la lista de mis contactos en la aplicación de mensajería instantánea y sólo descubrí que integraba un grupo solo y bajo el rótulo de “Amigos”, pero al chequear los nombres de los integrantes del mismo no hallé nada que me resultase familiar. Es más, algunos de esos miembros no estaban en mi agenda, por lo que sólo podía ver sus números y cómo ellos mismos se identificaban, lo que me generó aún más desconcierto.

Entonces dejé el celular sobre la mesita de luz y de ésta tomé el control remoto con el que encendí el televisor. En un frenético *zapping* descubrí rápidamente que todos

los canales eran en idioma español. “Definitivamente estoy en Madrid”, pronuncié con la voz ronca por un exceso de flema en la garganta.

Esta primera certeza me dio un poco de tranquilidad pero no la suficiente. Carraspeé hasta tragar la mucosidad que sobraba y, aún confundido, bajé el volumen del televisor y arrojé el control remoto sobre el colchón. Me froté la frente, miré nuevamente hacia la mesita de luz y advertí que el único cajón que poseía no estaba completamente cerrado. Lo abrí y de su interior tomé una billetera en la que había cientos de Euros, varias tarjetas de crédito a nombre de *Renato Hauser* y una cédula de identidad que confirmaba que la persona con ese nombre y apellido había nacido hacía 40 años y residía en Buenos Aires, Argentina.

¿Me llamo Renato Hauser y vivo en Buenos Aires?, me pregunté mientras sacaba la cédula de identidad de la billetera, tras lo cual, me dirigí hasta el baño con aquella credencial apretada en la mano y me miré en el espejo. Sí, sí; el reflejo mostró la imagen de un rostro casi igual al de la fotografía de la cédula. Sin embargo, podía tratarse de una identidad falsa, ¿no? Era posible pero poco probable y una débil vocecita mental me sugirió que yo había visto demasiadas películas sobre espionaje durante la Guerra Fría.

Pero más allá de eso, yo seguía sin recordar nada y eso hacía que la cédula fuese sólo el rótulo de un envase vacío. Quién era realmente yo y cómo había llegado hasta allí continuaba siendo una pregunta sin respuesta.

Volví del baño más sereno pero fatigado y me senté en borde de la cama. Retomé el celular e ingresé al correo electrónico vinculado ya sabiendo que era la mía. Empecé a indagar en los mensajes de la bandeja de entrada de esa cuenta de *e-mail*, los cuales databan de marzo y abril, adjuntaban archivos de reservas de pasajes de avión y de tren, y de habitaciones de hotel para los próximos días en distintos puntos de Europa.

Evidentemente, no estaba perdido y me encontraba dónde lo había previsto, pero me preocupaba no hallar en esos mensajes ninguna mención de Buenos Aires como punto de partida y/o final.

Terminé de vestirme con un pantalón de *jean*, un par de zapatillas cómodas, una remera de mangas cortas planchada y sin usar, y un buzo liviano con cierre y capucha, y salí de la habitación que estaba ubicada al final de un pasillo que conectaba con las otras piezas –que no se identificaban con números sino con colores, entre ellos, el “Azul” que yo ocupaba- y desembocaba en la recepción del hostel donde también funcionaba el salón comedor. Todo el piso estaba cubierto por alfombras, excepto por la de la diminuta oficina del encargado situada en un rincón de aquel amplio ambiente, en el que una pareja adulta tomaba su desayuno.

Apenas me les acerqué advertí que el hombre y la mujer cuchicheaban en francés y al verme parado frente a ellos, ambos me saludaron en inglés, aunque sin poder ocultar su acento de origen.

-Buenos días –el encargado de la recepción fue a mi encuentro con una sonrisa cordial-. Siéntese, por favor –indicó en un claro español y señalando con su mano derecha una silla alta, tipo banqueta ubicada junto a la única y larga mesa que compartían los comensales y sobre la que se depositaban los diferentes utensilios y alimentos.

-Gracias –respondí mientras tomaba asiento en el extremo opuesto a los franceses que no me quitaban la vista de encima.

-Puede consumir todo lo que le apetezca –continuó el encargado-. El desayuno está incluido en la tarifa que ya abonó con anticipación.

-De acuerdo. Gracias.

-Y aquí tiene –el encargado me extendió un folleto dípico y a color-: es un mapa con las principales atracciones turísticas de la ciudad, como usted me pidió.

-Muy amable –asentí desorientado ya que para mí se trataba de la primera vez que veía a ese hombre y luego me enfoqué en el folleto, el cual fui analizando durante el desayuno, que constó de un café con leche y dos *muffins* de vainilla con *chips* de chocolate. Algo práctico y rápido, que no necesitase demasiada preparación dado que mi intención era salir de allí cuánto antes.

Pero antes de irme, el encargado de la recepción me mostró un buzón junto a la puerta de entrada donde yo debía dejar la llave electrónica de mi habitación a la mañana siguiente cuando partiese de la ciudad debido a que él no iba a estar en la recepción hasta cerca del mediodía.

-Una pena que ésta sea su última noche en Madrid. Si hubiese tenido más tiempo podría haber conocido Toledo.

-Sí, lo sé. Pero ya tengo reservado un vuelo a París para mañana –arqueé el entrecejo, resignado-. Tal vez para mi próxima visita –agregué sin saber si alguna vez en mi vida iba a poder regresar a Madrid.

Salí por la puerta de entrada del hostel, el cual funcionaba en un viejo edificio de departamentos en el que dicho alojamiento ocupaba una unidad cuyos distintos ambientes se habían convertido en habitaciones para turistas, y bajé por unas escaleras con peldaños construidos en viejos y crujientes maderos hasta el *hall* del edificio que daba a la calle *De las Huertas*. Y en la entrada me crucé un hombre mayor que llegaba con un perro.

-¿Habéis podido hacer el *check in* sin problemas? –me preguntó.

Para mí se trataba de un completo desconocido pero como él seguía parado delante de mí y esperando una respuesta, le respondí cortésmente:- sí, sí. Gracias.

-Ayer sí que lucía preocupado y casi se olvida su equipaje aquí abajo mientras trataba de comunicarse con el encargado del hostel.

-Por suerte todo se resolvió favorablemente -mentí y sin tener la menor idea de a qué se estaba refiriendo.

-Bueno, porteño listo; cualquier otra cosa que necesitéis ya sabéis donde encontrarme –el hombre me estrechó una mano al tiempo que en la otra sostenía la correa de su mascota y luego cruzó el *hall* hacia una puerta trasera que conducía a un patio interno del edificio que conectaba con otros departamentos particulares. De hecho, todo el inmueble estaba destinado a viviendas familiares excepto por la unidad reconvertida en hostel.

Era media mañana y el cielo estaba completamente despejado, por lo que la húmeda superficie de la calle brillaba a pleno cuando las construcciones alledañas no la opacaban con su altura. Caminé con mi folleto en mano una cuadra hasta la *Plaza Santa Ana*, rodeada de bares con nutrida clientela y de restaurantes que recién abrían sus puertas pero para limpiar sus salones. También había un teatro en una de las esquinas que estaba en refacción. Según el folleto, me encontraba en el corazón del *Barrio de las Letras*, en el que predominaban un aire bohemio y las actividades artísticas, sobre todo, por la noche, cuando se reunían los turistas jóvenes.

Crucé aquella plaza casi desierta sin demorarme y continué por una callejuela angosta unos 200 metros hasta la *Plaza de la Puerta del Sol*, donde sí había una gran cantidad de peatones, en su gran mayoría, visitantes extranjeros como yo -muchos de

los cuales arribaban hasta allí en el Metro- que tomaban fotografías de la estatua del *Oso* y la *Casa de Correos* con su gran reloj en la torre del centro.

Si bien éste figuraba como uno de los principales sitios de interés turístico, no me atrajo tanto, quizás, por la presencia de la muchedumbre, entre la que se destacaban los numerosos grupos de paseantes que utilizaban la plaza como punto de encuentro y partida para recorrer el resto de la ciudad con un guía.

Seguí caminando por la *calle Mayor* hacia el oeste. Y en uno de los comercios compré una billetera de cuero más cómoda para poder guardar los billetes de Euros, los cuales eran demasiado anchos para mi billetera original.

A las pocas cuadras arribé a la *Plaza Mayor*, la cual sí me pareció imponente debido a las históricas edificaciones que la circundaban por completo como si fuese un fuerte, entre ellos, la vieja *Casa de la Panadería*, devenida al actual *Centro de Turismo*. Aquí también funcionaban locales gastronómicos que distribuían sus mesas y sillas por el perímetro de la plaza; sin embargo, mi estadía allí se vio afectada por el intenso trabajo de un batallón de obreros que montaban un enorme escenario junto a la estatua del “piadoso” *Felipe III*, rey de España y de Portugal entre fines del Siglo XVI y principios del XVII.

Aparentemente se iba a celebrar un evento especial que yo desconocía por completo. “Claro, es martes a media mañana, todos trabajan”, me dije antes de seguir recorriendo la calle Mayor, donde me detuve en la entrada al *Mercado de San Miguel* para apreciar su patio decorado con flores de múltiples colores y una fuente de agua, y las estructuras de hierro negro.

Al salir de allí y retomar la caminata por la ancha vereda de la calle *Cava de San Miguel* en dirección a la calle Mayor, el sol caía perpendicular y sin obstáculos,

aumentando considerablemente la temperatura del ambiente, por lo que me quité el buzo y me lo até alrededor de la cintura.

Con mi celular en la mano para poder tomar fotografías de los distintos sitios de interés caminé por la calle Mayor hacia el oeste hasta cruzar la calle *de Bailén*, donde subí a una especie de plaza ubicada en una loma boscosa, desde la que logré tener una gran vista del exterior de la *Catedral de Almudena*, el patio de la *Real Armería* y el *Palacio*, en los que se formaban largas filas de turistas de distintas nacionalidades que esperaban para entrar a dichos históricos edificios tan immaculados como la claridad de aquel mediodía caluroso.

Pero lo que más me atrajo desde aquella posición fue el verde paisaje detrás de esas edificaciones con el *Campo de Moro*, el río y, en el fondo y desde lo alto, la magnificencia del cerro *Manzanares*. Y para obtener una mejor panorámica de dicho escenario natural decidí entrar a la catedral, en la que no tuve que hacer cola para ingresar, la entrada era barata y sus balcones daban al patio de la Armería y al cerro, a cuyos pies se desplegaba el hermoso predio de la *Casa de Campo*, con su tupida vegetación y lagos.

Si bien nunca sentí demasiado aprecio por la Iglesia Católica y sus tesoros papales, al subir unos 70 metros hasta la terraza norte de la mencionada catedral, construida a finales del Siglo XIX, no pude evitar detenerme a contemplar, aunque sea por unos segundos, los salones delimitados por blancas columnas neo románicas y repletos de artefactos dorados que, juntos a las figuras esculpidas de la Virgen María bajo la advocación de la Almudena, completaban un espectáculo opulento.

Una vez en el balcón junto a la oscura y sobrecargada cúpula, que mezclaba los estilos Gótico y Barroco, me tomé un largo rato para apreciar del paisaje y tomar fotografías, incluso del centro de la ciudad, el cual pude observar desde la terraza sur

decorada con antiquísimas estatuas de bronce ennegrecido por el paso del tiempo y que apuntaban hacia el *Parque de Atenas* y la calle *Segovia*.

Desde allí arriba, los paseantes parecían hormigas dispersas en un inmenso jardín, mitad natural y mitad de cemento. Y cuando yo baje voy a verme igual que ellos, pensé con la frente sudorosa, en ese momento agradecida por una fresca y suave brisa que comenzó a soplar entre las sombras de la cúpula.

“Está fuerte el sol”, me dije retirándome la gorra que me había comprado minutos antes, durante el recorrido previo. Era una gorra de color blanco, con la inscripción “Madrid” en rojo y acompañada con una diminuta imagen de la bandera de España que me sirvió para proteger mi calva coronilla y así evitarme un fuerte dolor de cabeza al final del día. La compré justo antes de entrar a la catedral, en uno de los tantos *stands* callejeros en los que vendían suvenires y excursiones tanto por la ciudad como en sus alrededores como, por ejemplo, Toledo.

Al bajar hasta las escalinatas de la catedral miré la hora en mi celular: apenas habían pasado unos minutos del mediodía. La fila para ingresar al patio de la Armería seguía siendo tan larga como cuando había llegado, así que decidí seguir mi recorrido hacia el norte, pasando por el frente del *Palacio Real* a mi izquierda y del *Teatro Real* a mi derecha, todo decorado con hermosos jardines. Sinceramente, me sorprendió la gran cantidad de espacios verdes que había en ese sector de la ciudad, por lo que la caminata fue sumamente placentera. Eso sí, me detuve en un quiosco para comprar un agua mineral bien fría para saciar la sed. También sentía un poco de hambre pero como todavía era temprano decidí aguantar un rato más, al menos hasta llegar a la *Gran Vía*, donde esperaba poder encontrar algún otro lugar para almorzar.

Sin embargo, apenas inicié mi camino por aquella ancha e hiper transitada avenida caí en la cuenta que la inmensa mayoría de los comercios que funcionaban allí

no eran gastronómicos, sino de ropa, calzado y electrónica, fundamentalmente. Y pasear por allí me hizo sentir menos extraño, como si no fuese un visitante, y esto despertó en mí cierta expectativa de que los recuerdos de a poco iban a volver.

Algo más relajado fui testigo presencial de una contradicción llamativa para el Primer Mundo: por un lado, los altos, modernos y luminosos carteles electrónicos de las principales marcas que ocupaban el espacio aéreo como una bandada invasora; y por el otro, los *homeless*, con ropas y aspectos de extranjeros, tirados en la vereda y pidiendo limosnas. Tuve la sensación de que enfrentar este escenario no era nuevo para mí, pero lo que sí noté como novedoso fue la convivencia aparentemente pacífica de esos dos polos opuestos, sin agresiones, daños ni amenazas. ¿Puro respeto o indiferencia total? Me incliné por la primera opción.

Me detuve en algunas vidrieras y los precios de las remeras y las zapatillas no me parecieron caros, pero como no tenía el deseo ni la necesidad de comprar, seguí de largo en dirección a la *Plaza de Cibeles*, donde el caudal de peatones y vehículos me abrumó, al punto que sólo tomé un par de fotografías con mi celular y partí de allí minutos después, abriéndome paso entre los residentes locales que atendían sus actividades laborales y los curiosos turistas atraídos por la monumental fuente de la Diosa Cibeles sobre su carro tirado por leones y también por la enorme bandera blanca y negra con la leyenda “REFUGEES WELCOME” que colgaba del techo del *Ayuntamiento*, cuyo uno de sus laterales estaba cubierto por andamios metálicos ya que, evidentemente, se encontraba en plena etapa de refacción.

Nuevamente preso de la tensión, el hambre pasó a un segundo plano, por lo que decidí, tras revisar el mapa turístico que llevaba en mis manos, caminar unas cuadras más hacia el Este por la avenida doble mano hasta la *Puerta de Alcalá*, ubicada justo frente a una de las entradas al *Parque del Retiro*.

El trayecto hasta dicho monumento compuesto por cinco puertas reales en el centro de la rotonda de la *Plaza Independencia* consumió mis energías más de lo que yo esperaba. Así que cuando arribé hasta la Puerta de Alcalá ni siquiera atiné a cruzar la avenida hasta la rotonda, sino que me senté en un banco situado frente a la misma y bajo la sombra de un árbol, desde donde intenté tomar una fotografía del monumento, tarea que se me complicó debido a que el tránsito vehicular que rodeaba la plaza era incesante y a la distancia a la que me encontraba esa situación me estropeaba la imagen.

El caos de vehículos y peatones, sumado a una temperatura en aumento, me llevó a permanecer allí apenas unos minutos hasta que decidí regresar al barrio de las Letras, cerca del *hostal* y con la pintoresca Plaza Santa Ana como epicentro.

Sin embargo, mi inexperiencia y el temor a perderme hicieron que caminara por la calle Alcalá, pasando otra vez por la Puerta del Sol, hasta la Mayor, y por ésta de nuevo hacia el oeste, en dirección a la Plaza Mayor, cuando tendría que haber tomado un sentido sur.

El lado positivo de haberme “extraviado” en esa zona que ya había recorrido fue que me encontré encerrado en angostas callejuelas de adoquines en las que abundaba una reconfortante sombra. Y no sólo eso, en esta especie de laberinto oscuro pero a cielo abierto proliferaban los locales gastronómicos no tan concurridos como los que había visto hasta ese momento y que, incluso, tenían mesas y sillas en la propia calle, la cual, a pesar de ser de dimensiones reducidas, no se abarrotaban de personas.

Finalmente opté por almorzar en un bodegón en el que aceptaban pago con tarjeta de crédito y servían platos que me resultaron sencillos y, sobre todo, bastante conocidos. Evidentemente, no tenía ánimo de andar utilizando el dinero en efectivo ni toparme con nuevos lugares ni personas, al menos por un rato lo suficientemente extenso para descansar y recobrar el aliento.

Elegí una mesa para dos cerca de la puerta de entrada al restaurante y me senté en una silla que enfocaba hacia la calle. De esta manera estaba al alcance de la vista de la mesera y, al mismo tiempo, yo podía seguir mirando la gente pasear.

Me atendió una señora mayor, probablemente uno de los encargados o dueños del local, que me recomendó jamón ibérico de entrada, una tortilla de papas como plato principal y un vino tinto de la casa para acompañar.

Todo me resultó abundante y sabroso, incluso el vino, que a pesar del clima caluroso fue servido a la temperatura ideal, sin necesidad de sumarle hielo. En tanto, los demás comensales optaron por degustar otras especialidades de la casa como cazuela de mariscos para compartir o una generosa porción de carne roja con ensalada rusa con apariencia fresca, como si recién la hubiesen preparado.

En ese clima casero sentí que comía en el patio de mi hogar. La atención fue excelente de parte de la mesera y el único inconveniente que se me presentó fue a la hora de dejar la propina ya que no tenía demasiado dinero en baja denominación para dejar la suma más adecuada.

Y en momentos en que me retiraba, más comensales, en grupos nutridos, se acercaban a almorzar no sólo al restaurante al que yo acababa de concurrir sino también a otros locales ubicados en la misma callejuela y otras transversales donde los empleados, apurados, sacaban a la vía pública más mesas y sillas para ubicar a los clientes.

Pero así como todo aquello transcurría en orden yo volví a mi estado de confusión porque durante el regreso al *hostal* me perdí en esas calles angostas, cortadas y sin numeración, por lo que me demoré por demás en mi caminata, la cual tuve que interrumpir en varias ocasiones para volver a mirar el mapa y ubicarme.

Cansado y nervioso llegué a un *hostal* completamente deshabitado en los ambientes comunes y me retiré inmediatamente a mi habitación, donde me desvestí y arrojé sobre la cama, con el aire acondicionado encendido, lo que me permitió conciliar el sueño con rapidez.

Al despertar tuve la sensación de que lo había hecho durante un tiempo prolongado pero cuando percibí que la misma intensa claridad atravesaba las cortinas del ventanal supe que no había sido así. Tomé el celular de la mesita de luz y chequeé la hora, y así confirmé que la siesta había sido corta aunque lo suficientemente renovadora ya que mi cuerpo yacía calmo sobre las sábanas frescas.

A la jornada le restaban varias horas de luz natural, por lo que salí a dar un nuevo paseo, esta vez, vestido con un pantalón tipo bermudas y sin medias ni abrigo. Eso sí, utilicé la misma remera de mangas cortas ya que no contaba con muchas otras para el resto de mi viaje y no estaba dispuesto a ponerme a lavar o gastar dinero en un lavadero. “A veces, menos es más”, me dije mientras acomodaba la valija antes de abandonar la habitación.

El pasillo que conectaba a los distintos dormitorios estaba sumido en un profundo silencio, como si se tratara de la hora sagrada de la siesta aunque, en realidad, aquel mutismo se debía a que los demás huéspedes no se encontraban en el *hostal*. Sólo me crucé al encargado, quien me recordó que como al día siguiente él no iba a poder estar presente para realizar mi *check out* no me olvidase de dejar las llaves en el buzón junto a la puerta principal, la que sólo se abría desde adentro.

Tras abandonar el *hostal* opté por un recorrido más corto y sencillo, alejado de las grandes multitudes y el tránsito, por lo que me dirigí hacia el Parque del Retiro, en la zona este de la ciudad.

El sol comenzaba a reducir su intensidad, así que el ambiente se tornó agradable, sobre todo, por el aire puro que producía la diversa y colorida flora del parque, el cual parecía haber sido trazado a la perfección, desde sus caminos zigzagueantes de conchilla y tierra hasta los más pequeños pétalos. Ante aquel espectáculo tomé mi *Smartphone* y saqué un par fotografías de algunas especies hermosas, ubicadas en sus canteros contorneados por piedras y rodeadas de un césped cortado al ras, conformando imágenes dignas de una pintura.

“Parece que el horario de oficina ya terminó”, dije al ver pasar muchas personas que se mostraban abocadas al *running* como un ejercicio físico habitual después del trabajo. Algunos corrían solos, escuchando música con sus auriculares; y otros lo hacían en parejas y así charlaban de sus asuntos cotidianos.

Después de recorrer varios senderos que me llevaron hasta un enorme estanque con una alta fuente en el centro llegué hasta el extremo norte del parque, junto a la calle Alcalá, donde compré una gaseosa fría en lata en un puesto ambulante y me senté en un banco a observar como un matrimonio jugaba con su hijo en las hamacas.

Al terminar de beber mi gaseosa reanudé mi caminata hacia el sur, bordeando la calle de *Alfonso XII* hasta que llegué, sin proponérmelo, a la altura del *Museo del Prado*, ubicado en un paseo con bulevar y bajo una frondosa arboleda. Y entre ese lado del parque y el museo se desplegaba un coqueto barrio de pocas cuadras, donde funcionaban distintas galerías de artes y locales comerciales que en ese horario recién abrían sus puertas al público, el cual era casi nulo.

Donde sí alcancé a ver un nutrido grupo de gente fue en el patio de ingreso al museo en el que junto a una escalinata se levantaba la estatua del pintor y grabador español *Francisco José de Goya*. Allí, el terraplén de pasto, decorado con arbustos y

árboles bajos, funcionaba como una especie de grada para los más jóvenes que tomaban el último sol de la tarde.

Di un par de vueltas por ese patio, en el que se levantaba una carpa por donde se hacia la fila para ingresar al museo, y lo rodeé hasta pasar por un café que daba a un florido jardín interno en la parte posterior del edificio en la que había otra entrada en la que, al igual que en la primera, advertí una poca cantidad de personas.

Continué unos metros más hasta una calle cortada que enmarcaba otro patio que me llamó la atención porque parecía una especie de laberinto de ligustrinas prolijamente cortadas donde volví a tomar algunas fotografías.

Mi paseo se parecía entonces a un reconocimiento de campo y una vez que di por completadas mis observaciones volví sobre mis pasos hasta el patio de la estatua donde me acerqué a la carpa en la que había un cartel que anunciaba que a partir de las 17 la entrada era libre y gratuita. Así que decidí ingresar por la denominada *Puerta de Goya* a pesar de que me encontraba vestido demasiado informal para una cita con uno de los museos más importantes del mundo.

Una vez en el interior recogí en la recepción de la boletería un folleto con la guía del museo y apenas inicié la visita el aire acondicionado del interior me erizó la piel, lo que me reconfortó. Además, aquella baja temperatura potenciaba el aroma fresco que emanaban las pinturas colgadas de las paredes.

En un breve recorrido centré mi atención en las obras de Goya y de otros pintores españoles, como *Diego Velázquez*, quien tenía su propia entrada y salón.

Si bien la gran atracción del museo era el primero de los mencionados por sus notables obras del Romanticismo y su visión de la Guerra de la Independencia de España y del estilo de vida madrileño de finales del Siglo XVIII -en especial, su trabajo realizado en óleo sobre lienzo y también revestimiento mural que se podían disfrutar en

la planta baja-, me terminó gustando más Velázquez y sus pinturas barrocas que se lucían en el salón central del primer piso, entre las que se destacaba, sin dudas, “Las meninas”, que además de su calidad artística atraía al público por su enorme tamaño.

También me resultó imposible pasar por alto sus retratos de la familia real que asombraban al punto de no tener nada que envidiarle a la fidelidad de imagen de la fotografía moderna.

Al salir del museo crucé el bulevar arbolado y me detuve a apreciar la fuente de *Neptuno* en la rotonda que unía el *Paseo del Prado* y la *Plaza de las Cortes*, donde funcionaba una estación de taxis. “Va a ser mejor venir caminando hasta acá para que me lleven hasta la estación de trenes”, me dije luego de advertir en mi mapa que la distancia entre el hostel y mi actual posición era unas pocas cuadras.

Y mientras caminaba de regreso por Plaza de las Cortes y después la calle del Prado en dirección a mi alojamiento me convencí de que aquel era un buen plan porque si pedía un taxi para que me pasara a buscar por el hostel me iba a resultar más caro que yendo hasta la parada desde donde, además, era más rápido y práctico tomar la avenida principal para dirigirme a la terminal *Nuevos Ministerios* y abordar el tren de Cercanías (C) 1 hasta la Terminal (T) 4 de Barajas de dónde partiría por la mañana siguiente mi vuelo a París.

Antes de llegar al hostel pasé por la Plaza Santa Ana y a la luz del atardecer me pareció un lugar propicio para ir a cenar. Así que apenas entré a mi habitación me di una ducha y me tiré en la cama a descansar, esperando que se hiciera de noche y me diera suficiente hambre para salir a comer algo.

Recostado, encendí el televisor y repasé los canales españoles que emitían los noticieros centrales de la noche en los que la única novedad mundial parecía ser el

reciente triunfo de *Emmanuel Macron*, un especialista en inversión bancaria y creador de su propio partido político “En Marche!”, en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en Francia, lo que, sin dudas, iba a repercutir en los principales países europeos, como España y Alemania.

Durante el *zapping* me quedé dormido, pero sólo por unos minutos, tras lo cual, me vestí con el mismo pantalón de *jean* y zapatillas de la mañana y una nueva remera de mangas cortas ya que a pesar de que había caído la noche, la temperatura seguía siendo sumamente agradable, prácticamente de verano, aunque a yo prefería el otoño y el invierno. Claro que no tenía ni idea de que cómo se sentían esas dos estaciones en donde me encontraba en ese momento ya que nunca antes había estado allí. Pero una sensación que me recorría todo el cuerpo me confesaba que el calor no estaba entre mis preferencias.

En la Plaza Santa Ana había mesas y sillas en cada esquina y sobre los cuatro costados, ubicadas frente a los locales gastronómicos diseñados principalmente como cervecerías y con encargados que, evidentemente, preferían atender a los comensales al aire libre que puertas adentro ya que sus salones no eran de grandes dimensiones y esto limitaba la cantidad de cubiertos.

Pegué una vuelta entera para leer los diversos letreros con la oferta de menús y terminé eligiendo una mesa en el rincón más alejado de los faroles de la plaza, en el extremo opuesto al Teatro Español, del cual tenía una vista frontal atrapada por sus luces multicolores que lo convertían en el edificio más vívido del lugar.

Un mesero joven me atendió amablemente y le ordené unas gambas al ajillo y una jarra de cerveza rubia tirada, lo más elegido por los comensales, en su mayoría,

parejas sin hijos provenientes de distintas partes del mundo y cuyos idiomas se mezclaban en el aire como un murmullo indescifrable.

Cené sin apuro pero en poco tiempo y a pesar de que intenté dejarme llevar y disfrutar del momento, no logré evitar pensar por qué todavía no recordaba qué estaba haciendo allí y, sobre todo, por qué. Si yo realmente vivía al otro lado del Atlántico, ¿qué me había sucedido para no tener ninguna memoria sobre mi pasado reciente? Y si yo efectivamente había trazado un itinerario todo tenía un sentido, por lo que debía seguirlo para probablemente descubrir cuál era.

Al regresar al hostel me invadió un abrumador sentimiento de soledad, así que dejé la valija preparada, con la ropa que iba a vestir por la mañana encima de ella, y me fui a dormir temprano, procurando ahuyentar mis fantasmas y rogando que estos no se convirtieran en mis peores pesadillas.

Tras sonar la alarma de mi teléfono celular desperté sobresaltado y enseguida me sentí preocupado porque seguía sin recordar absolutamente nada, excepto por lo que había hecho el día anterior y lo que tenía previsto realizar durante esa jornada. Pero no todo era negativo, en absoluto; no sólo seguía vivo y coleando en el Primer Mundo sino que el descanso había resultado reparador, por lo que me levanté con más energías que la última vez que había amanecido en esa misma cama.

Al salir temprano de la habitación, con mi equipaje listo, me encontré con un salón comedor completamente vacío. A juzgar por lo que había alcanzado a ver a través de las ventanas, se trataba de una mañana soleada, similar a la pasada, por lo que estimé que la temperatura sería igual de intensa, aunque adecué mi vestimenta a que en las siguientes horas iba a estar en lugares cerrados y con aire acondicionado. Además, el

pantalón largo, el buzo con cierre y capucha, y las zapatillas tipo botas ocupaban demasiado espacio en la valija, así que era preferible que la llevara puesta.

Luego de desayunar liviano dejé la llaves de mi habitación en el buzón y salí a la desierta calle De las Huertas en dirección a la parada de taxis ubicada frente a la fuente Neptuno, aunque al llegar a la primera esquina me topé con un taxi libre y que se trasladaba en igual sentido, por lo que lo paré y le pedí que me llevara hasta la estación Nuevos Ministerios.

-Disculpe -pregunté solemnemente al chofer, perfectamente vestido con camisa y corbata-, ¿en Nuevos Ministerios puedo coger el tren C1 hasta la T4, verdad?

-Sí, sí -respondió el taxista escuetamente y sin apartar la vista de la avenida que evidenciaba un tránsito sumamente liviano.

El resto del viaje, que fue bastante corto, transcurrió en el más absoluto silencio y al descender del taxi con mi equipaje en mano aboné la tarifa con tarjeta de crédito ya que el coche de alquiler contaba con un *Posnet*.

Tardé bastante en cruzar la avenida hasta las escalinatas que descendían a los andenes de la terminal ferroviaria, donde las boleterías estaban cerradas; así que adquirí mi *ticket* con tarjeta en las máquinas que funcionaban como boleterías autoservicio.

Luego bajé por las escaleras que comenzaban a nutrirse de personas que se dirigían a sus lugares de trabajo como cualquier día hábil de la semana y al llegar al *hall* observé en el cartel electrónico que el siguiente C1 salía en menos de cinco minutos desde una plataforma ubicada un piso más abajo del que yo me encontraba. Entonces, aceleré el paso por los escalones mecánicos y me encontré con que la plataforma tenía dos andenes, en uno de los cuáles un tren estaba arribando, por lo que apenas abrió sus puertas me subí sin dudar.

Según mi folleto con la guía de la ciudad, llegar a la T4 demandaba una media hora y pasar por tres estaciones previas: *Chamartín*, *Fuente de la Mora* y *Valdebebas*. Pero, imprevistamente, la formación se detuvo en la primera y no continuó el recorrido.

El tren no se había descompuesto porque los demás pasajeros descendieron con total naturalidad; entonces supuse que me había subido al tren equivocado y que ahora tenía que apresurarme al máximo para tomar el correcto sino quería perder mi avión.

Asustado, seguí a la mansa manada hasta el *hall* central de esa estación, el cual estaba repleto de personas ya que desde esa terminal se podían realizar distintas conexiones para trasladarse por toda Madrid. Miré con atención el cartel electrónico y hallé la formación que buscaba aunque, esta vez, para asegurarme no volver a cometer un error, confirmé con una señora del servicio de limpieza que barría cerca de los baños públicos si esa formación me dejaba en la T4. Y, afortunadamente, esta amable mujer respondió afirmativamente. De todos modos, la zozobra me acompañó todo el viaje hasta que finalmente llegué a Barajas justo a tiempo.

Pero la tranquilidad me duró poco porque allí sí que me encontré con una especie de ciudad oculta dentro de otra ciudad, con muchedumbres apuradas que subían y bajaban sin cesar por escaleras mecánicas que atravesaban dos, tres y hasta cuatro niveles, como si fuese un inmenso *shopping*, en el que sobresalían los imponentes *Duty Free* que ofrecían una infinidad de productos: bebidas, comidas, ropa, calzado, artículos para la higiene y cuidado personal; todo de primeras marcas.

Y como yo había realizado el *check in* vía Internet la noche anterior, justo antes de salir a cenar, y no despachaba equipaje, tuve el tiempo suficiente para dar un paseo por el *free shop* -sin comprar nada para no apartarme de mi ajustado presupuesto- y recuperar el aliento antes de abordar mi avión rumbo a “La Ciudad de la Luz”.

II

Las gotas de lluvia impactaban contra el gélido cristal del ventanal del café situado justo en la ochava y desde donde yo pedía ver el continuo entrar y salir de personas apuradas –muchos hombres bien vestidos pero más mujeres impecablemente arregladas- por el ingreso principal del edificio de Tribunales, el cual se estaba cayendo a pedazos ya que era viejo y padecía una falta total de mantenimiento de parte de sus autoridades. Sin embargo, mis ojos irritados por un resfrío que me acosaba desde el inicio de aquel invierno estaban desenfocados, como extraviados en la nada misma. Mis dedos temblorosos jugueteaban con una servilleta de papel que había hecho añicos mientras bebía mi cortado.

-¡Qué clima de mierda! -exclamó Eduardo, quien se encontraba sentado al otro lado de la mesa y mirando a través del ventanal mojado que vibraba con cada ráfaga de viento del sudeste.

-Todo es un mierda, últimamente -reaccioné sin siquiera mirar a mi amigo, quien en ese momento no solo me acompañaba como tal sino también como mi abogado particular.

-Tranquilo, hermano -Eduardo me miró guiñándome un ojo-. Yo sé que esta audiencia no fue lo que esperábamos pero no hay nada definitivo aún.

-Edu, vos estuviste conmigo en esa audiencia y escuchaste lo que dijo la abogada de Mora -indiqué alzando el entrecejo.

-Sí.

-Entonces, ¿cómo querés que no me ponga mal o sea pesimista? -me encogí de hombros, enojado.

Eduardo agachó la cabeza y guardó silencio; en tanto, yo giré el cuello y quedé de cara al ventanal. Seguía lloviendo y las personas se movilizaban despavoridas, como si en vez de agua fuese alguna especie ácido mortal lo que caía del cielo. En realidad, lo peor de todo era el viento, que se arremolinaba y mojaba desde los cuatro costados, de arriba y de abajo. No había piloto, paraguas ni nada lo suficientemente efectivo para evitar empaparse. Y ya iban más de tres días seguidos así. Evidentemente, el clima estaba cambiando radicalmente y, al igual que la gente, se tornaba cada vez más extremista.

De todos modos, mi malestar no incumbía directamente la meteorología y retrocedía bastante más en el calendario, precisamente cuando había comenzado mi separación de Mora, ahora mi ex esposa, en una decisión que ella tomó por sorpresa, de la noche a la mañana, lo que me obligó a mudarme de la casa de ambos a un departamento alquilado, en el centro de la ciudad.

Y gracias al Código Civil que regía desde agosto de 2015, el divorcio fue un trámite exprés y lo que quedó pendiente desde entonces fue la separación de bienes, la cual yo creía que incluía únicamente la vivienda que habíamos compartido con Mora y un automóvil que utilizaba casi todo el tiempo yo; por ende, también asumía los gastos de mantenimiento, que cada vez eran más altos.

La casa la construimos con los ahorros de cada uno, más un dinero que ella obtuvo de la venta de una propiedad familiar y un préstamos personal que yo tomé del banco en el que cobraba el sueldo, por lo que en pocos años la terminamos de pagar sin problemas.

Esta vivienda estaba ubicada en un barrio llamado “La Curiosa”, que había recibido ese nombre por haber formado parte una inmensa estancia colonial homónima y que había funcionado en esa zona en los '20. De acuerdo a las historias que los

herederos de aquel predio -y sus detractores- esparcieron extraoficialmente durante el Siglo XX y comienzos del XXI, el dueño de la estancia, conocido como “Don Pablo”, tuvo una hermosa yegua llamada “Curiosa” y ésa fue la razón de las denominaciones posteriores.

Luego, en los '60, y sobre las bases de la antigua estancia, Don Pablo creó un establecimiento avícola y se convirtió en un precursor en esa forma de explotación a nivel industrial ya que fue único en su tipo en toda Buenos Aires y uno de los primeros del país.

En 1981, la Dictadura Militar declaró esos terrenos de “utilidad pública” y los expropió -excepto por el casco de la estancia que siguió funcionando como granja avícola hasta fines de esa década- para después destinarlos a la construcción de “núcleos habitacionales”, los cuales fueron adquiridos por una financiera que se había creada sólo para comercializarlos.

Y en 1987, mi padre adquirió de una vecina uno de los terrenos que la mujer le había comprado a la financiera y cuando con Mora buscábamos una casa propia me lo cedió para que la construyera allí con la condición de que en el futuro le pagara lo que le correspondiese del valor de la tierra a mi hermano Ariel, lo que cumplí tras saldar primero el préstamo personal.

Pero la historia no acabó allí ya que con Mora decidimos llevar adelante un juicio de usucapión para obtener una escritura del terreno dado que la vecina que le había vendido a mi padre no contaba siquiera con un boleto de compra venta y la financiera se había disuelto cuando se quedó sin propiedades disponibles y sus responsables mudado al interior del país donde finalmente murieron.

Estos trámites nos llevaron varios años más y de los mismos se encargó Eduardo, quien no descansó hasta terminar y, además, no me cobró honorarios.

La obtención de la escritura del terreno más la casa construida fue un momento de suma alegría para Mora y yo, quienes figurábamos como copropietarios en partes iguales de dicha propiedad.

En ese contexto, cuando Eduardo y yo nos presentamos en la audiencia de mediación propusimos a Mora y su abogada que tanto la casa como el auto se vendiesen y que cada parte recibiera el 50% del valor de esas operaciones.

Sin embargo, la letrada de mi ex esposa esgrimió un informe de bienes sobre Mora y yo en el que constaba que todavía éramos propietarios de otra vivienda familiar y que ésta debía ser incluida en la separación. Más aún, la contra propuesta incluía que mi ex esposa me cediese la parte que le correspondía de aquel inmueble a cambio de que yo hiciese lo mismo con la casa de los dos. Y de esta manera, ella podría continuar viviendo allí y como única propietaria.

Al escuchar esto, Eduardo me miró abriendo grande los ojos y yo tragué saliva. “¿Cómo no me dijiste que tenían otra propiedad?!” me recriminó mi amigo abogado apenas salimos de la audiencia. “Con todos los quilombos que tengo me olvidé”, le expliqué, tan furioso como él, ya que ambos sabíamos que esto complicaba la situación.

¿Cómo había llegado a ese punto? Sencillo: unos diez años antes, Ariel quería comprarse una casa para vivir con su esposa y tres hijos pequeños. Pero como la pareja estaba inhibida por la Administración Federal de Ingresos Públicos (AFIP) a raíz de una deuda impositiva que habían contraído en un viejo negocio -luego cerrado porque les daba pérdida-, mi hermano me pidió que sacara el crédito hipotecario a mi nombre mientras él lo pagaría con su propio dinero.

Yo nunca puse un solo peso en esa casa y Mora tampoco, pero al estar casados al momento de firmar la hipoteca éramos los dueños legales de la misma. Y no había forma de cambiar eso.

La abogada de Mora había descubierto esto y gestado una maniobra para que su cliente se quedara con el 100% de la casa que había construido conmigo y si yo quería proteger la vivienda de mi hermano, lamentablemente iba a tener que entregar la mía.

-Vos no vas a tener que entregar nada -afirmó Eduardo al regresar a la mesa luego de haber ido al baño del café.

-¿Ah, no?

-No, porque yo no voy a permitir que estas minas se salgan con la suya: es una avivada y una injusticia -mi amigo buscaba con la mirada a la mesera-. Yo me voy a pedir otro cortado, ¿vos querés?

-Sí, dale.

Al cabo de unos segundos, Eduardo hizo contacto visual con la mesera y mediante señas le pidió dos cortados más.

-Recién se me ocurrió -retomó volviéndose hacia mí- que le podemos ofrecer tu parte del auto a cambio de la parte de ella de la casa de tu hermano. Total, vos usás cada vez menos el coche desde que te mudaste más cerca de la oficina...

-Eso cierto, pero mi auto no vale nada en comparación con una casa, Edu -elevé el volumen de mi voz sin darme cuenta hasta que advertí que los dos hombres de la mesa contigua me miraban de soslayo.

Justo en ese momento, la mesera llegó con los dos cortados y la pausa me sirvió para serenarme y hablar más bajo.

-Ya lo sé, boludo -murmulló Eduardo inclinándose sobre la mesa-. Pero lo que vos tener que entender es que, en realidad, la abogada sabe que lo que propone es una avivada que no corresponde y sólo quiere sacar un poco más de guita. Y si le tiramos un hueso, seguramente lo va a agarrar.

-¿Vos decís?

-Yo creo que sí. Conozco a ese tipo de abogada -Eduardo bebió un sorbo de su cortado-. Lo que no sé es si Mora va a agarrar...

-Va a ser muy complicado...

-Y muy largo... pero Mora es una buena mina, así que calculo que al final va a aceptar.

-No sé, si supieras todo lo que yo sé de ella...

-Yo la conozco hace una década y no me parece para tanto.

-Y yo la conozco desde 1989.

-En esa época eran apenas unos adolescentes.

-Exacto: primer año del secundario.

-¡Guau!

-Estuve detrás de ella desde marzo y recién a fines de noviembre tuvimos nuestra primera cita cuando la llevé a tomar un helado.

-¡Qué inocentes éramos en aquel tiempo!

-Para ciertas cosas...

-Algunos adolescentes de ahora ya tienen sexo a esa edad.

-Bueno, en esa cita, Mora no me dio ni un beso y se la pasó hablando de la hiperinflación del tres mil por ciento, el fin de la Guerra Fría y del triunfo del capitalismo.

-¡¿Qué?! Me estás jodiendo...

-No -hice la señal de la cruz con mi dedo índice sobre mis labios-. Así que podes imaginarte la mentalidad que desarrolló desde chica.

-O sea que cuando se le mete algo en la cabeza, va en serio.

-Absolutamente.

Intercambiamos unas miradas cómplices y sonreímos, aunque en el fondo yo sentía ganas de llorar. Y bebimos unos segundos en silencio.

-De todos modos -Eduardo siempre procuraba tener la última palabra-, lo que más me preocupa es la abogada, no Mora.

-¿Por? ¿La conocés?

-No, personalmente. Hoy fue la primera vez que la trato pero digamos que es un personaje conocido en el mundillo de los abogados penalistas...

-Mira vos...

Según Eduardo, la abogada se apellidaba Quiroga y hacía unos meses un colega suyo la había tratado durante un juicio oral en el que ella fue la defensora de un joven que terminó siendo condenado a 10 años de prisión por abusar sexualmente de la hija menor de edad de su ex esposa.

En ese debate fue clave el testimonio que la víctima brindó a través del sistema de la Cámara Gesell -una habitación acondicionada para permitir la observación de personas y que cuenta con equipo de audio y video para registrar lo que ocurre allí dentro- y en el que describió los abusos a los que era sometida por parte de su ex padrastro.

Se trató de una causa penal iniciada cuatro años antes a partir de la denuncia de la madre de la víctima cuando ésta le contó sobre los abusos cometidos mientras ambas convivían con el luego condenado en la misma humilde casa.

Para la justicia, al momento de los hechos existía una relación de pareja conflictiva y la denunciante también era víctima de agresiones físicas y psicológicas de parte de su esposo, que siempre se declaró inocente.

Es más, en su alegato, Quiroga había pedido la absolució n por falta de pruebas al considerar que se trataba de una “confabulación en contra” de su defendido.

Pero Eduardo resaltó que la carrera profesional de la abogada había tenido un fuerte desarrollo tras un caso policial que la involucró a ella misma, cuando unos siete años antes su esposo intentó asesinarla y luego se suicidó.

“La hipótesis que la justicia dio por cierta fue que en medio de una pelea de pareja, el hombre roció a su esposa con alcohol y la prendió fuego; y al creerla muerta se suicidó de un tiro en la cabeza”, recordó mi amigo, sacando a relucir su oratoria de abogado experto en Derecho Penal, materia que enseñaba en una de las universidades privadas más prestigiosas del país.

De acuerdo a la reconstrucción que me hizo Eduardo, cuando la Policía fue alertada del hecho se trasladó hasta la escena del crimen y encontró a la mujer malherida e inconsciente sobre la alfombra del living de la planta baja de la vivienda y al esposo de ésta muerto en la habitación matrimonial del primer piso.

La abogada fue trasladada inmediatamente por una ambulancia hasta el hospital más cercano, ubicado a unas pocas cuadras, donde recibió asistencia médica y quedó internada hasta que se recuperó de las quemaduras.

Sin embargo, la versión “extraoficial” que había llegado a los oídos de Eduardo a través de otros abogados penalistas conocidos suyos y, según él, “de extrema confianza”, fue que se había tratado de una escena montada, en la que intervino una tercera persona que había sido contratada por la propia Quiroga para que la ayudase a deshacerse de su esposo.

Al parecer, la abogada quería separarse de su marido, Ricardo Brusco, un adinerado empresario de la carne, porque estaba cansada de que éste la engañase con otras mujeres más jóvenes que ella. “Pero el hombre se rehusaba a darle el divorcio, el cual requería el consentimiento de ambas partes ya que todavía no había entrado en

vigencia el nuevo Código Civil, que sí se aplica a en el caso tuyo y de Mora”, señaló el letrado.

“En el fondo, a Brusco le chupaba un huevo su esposa. Lo que no quería era cederle a ella la mitad de sus bienes”, continuó Eduardo, quien aclaró que finalmente fue Quiroga la que “se quedó con todo, incluso con el dinero del abultado seguro de vida de él y la tutela de las dos hijas menores de edad del matrimonio, quienes estaban en la escuela al momento del crimen”.

Esta hipótesis me parecía una locura, pero no me animé a decírselo a Eduardo por temor a que mi ignorancia en los casos policiales me dejase en ridículo ante él, quien, en cambio, no pudo ocultar que el hecho le resultase “extremadamente raro”.

“Si el esposo tenía intenciones de matarla, ¿por qué no lo hizo con el arma de fuego con la que después supuestamente se suicidó en vez de quemarla? Y si sintió tanta culpa cuando ella se estaba quemando, ¿por qué no intentó apagarla con agua, una manta o su propio cuerpo en vez de irse a la planta alta y pegarse un tiro en su dormitorio con el arma que guardaba en la mesita de luz?”, se preguntó mi amigo.

Y respecto al último punto, Eduardo me recalcó que no se hallaron signos de exposición térmica o foco ígneo tanto en la ropa que llevaba puesta el hombre como en las palmas de sus manos.

Para él, este caso se cerró rápidamente ya que ocurrió en plena “ola” de mujeres quemadas por sus parejas, la cual había comenzado unos meses antes con el caso de Verónica Torres, joven esposa de un ex futbolista profesional y cuya muerte se convirtió en una de las noticias más importantes en los principales medios periodísticos del país, al punto que derivaría un par de años más adelante en una nueva reforma del Código Penal para incluir la violencia de género como agravante en este tipo de homicidios,

denominados “femicidios”, y que desde entonces pasaron a ser castigados con prisión perpetua.

“Antes se los mal llamaba ‘crímenes pasionales’ y sólo se aplicaba la perpetua cuando era calificado por el vínculo, es decir, si la pareja estaba legalmente casada. También si mediaba otro agravante como el ensañamiento y la alevosía, el placer, la promesa remuneratoria, la premeditación de dos o más personas o el *criminis causae*, es decir, matar para lograr la impunidad de otro delito”, se explayó mi abogado, que parecía estar recitando una de sus clases universitarias, a las que asistían jóvenes hermosas y adineradas que en reiteradas ocasiones provocaban -habitualmente con claras intenciones y no por accidente- que él perdiese la concentración, lo que claramente no le ocurría cuando estaba conmigo o en presencia de otro hombre.

Respecto al caso de Quiroga, mi amigo me recordó que más allá de las versiones que circularon, tanto en el ámbito público como privado, los investigadores nunca hallaron pruebas de la presencia de una tercera persona en el lugar del crimen, donde el arma de fuego quedó junto a la mano del cadáver del hombre, en cuya mano derecha –él era diestro- se hallaron rastros de deflagración de pólvora, lo que indicaba que había disparado.

“Además, en la botella de alcohol utilizada estaban las huellas de él y ella tenía bajo sus uñas restos de piel con el ADN de su marido, lo que indicó que Quiroga se defendió con rasguños”, detalló Eduardo.

-Veo que te sabés todos los pormenores del expediente, hermano -bromeé mientras terminaba mi segundo cortado.

-Y otro dato que me llamó la atención fue que supe de buena fuente que esta mina que no había hecho ninguna denuncia previa sobre las supuestas agresiones que,

según ella, había sufrido de parte de Brusco antes del crimen -Eduardo miraba por el ventanal, frunciendo el ceño, como si se esforzara por hacer memoria.

-Pero también es muy común que las mujeres maltratadas no hagan las denuncias por temor a represalias de parte de sus esposos -afirmé, ante lo cual, mi amigo me devolvió una risita socarrona.

-Lo que pasa es que, curiosamente, Quiroga sí había denunciado a su esposo por las presuntas irregularidades que Brusco había cometido en los negocios de la carne que mantenía con el gobierno.

-Ah.

-Entonces, ¿por qué denunció eso y no las agresiones?

-Tenés razón: es para sospechar.

-Claro que sí -Eduardo abrió grande sus ojos y se dejó caer contra el respaldo de la silla-. ¿O vos te pensás que las peleas que tenían no eran también por las denuncias sobre esos negocios sucios?

-Todo pasa por la plata en estos casos, ¿no?

-Absolutamente y vos, querido hermano, lo estás empezando a vivir en carne propia -el abogado estiró su brazo cruzando la mesa y apoyó su mano en mi hombro.

-Ya veo.

-Mirá: estoy seguro que Brusco era un corrupto y engañaba a su esposa con cada pendeja que podía. Pero que no le tocó ni un solo pelo a su esposa ni a sus hijas. Para mí que ella quería quedarse con todo los bienes, ni siquiera con la mitad que le correspondía, e inventó lo de las agresiones para terminar se cerrar su versión de que ella era la única víctima y él un hijo de puta.

-Pero una cosa es mentir o hacer una falsa denuncia por agresiones y otra muy distinta es contratar un sicario y hacerse quemar. Hay que estar muy mal de la cabeza para semejante cosa.

-Estuvo todo fríamente calculado porque que las quemaduras que sufrió ella fueron en zonas del cuerpo no vitales.

-Pero hay algo de todo esto que no entiendo: si los peritajes demostraron que el esposo manipuló la botella de alcohol y también disparó, ¿qué rol tuvo esa supuesta tercera persona?

-Sé que suena descabellado pero es posible que haya sido quien, mediante amenazas de muerte con un arma, forzó al marido a que manipulase la botella y el arma. Y después, colaboró para montar la escena. Como en el caso del fiscal Alberto Nisman.

-Si fue así, es una locura total.

-Admito que es poco probable, pero no imposible –indicó Eduardo mirando la pantalla de su celular-. Perdón, pero tengo que contestar un mensaje –añadió mientras sus dedos escribían como un rayo sobre el diminuto teclado de su aparato móvil.

-Lo que más me desencaja es la abogada. Parece que estuviera enferma de androfobia -pensé en voz alta, al tiempo que pasaba la palma de mi mano por la frente.

-Es tal cual -coincidió Eduardo una vez que terminó de escribir su mensaje y dejó el celular a un lado, sobre la mesa.

-Qué suerte que tengo que ahora esta mina sea la abogada de mi ex esposa.

-Yo reconozco que vivimos en una sociedad machista pero ciertas actitudes de esta mina no buscan igualdad de género, sino revancha.

-Eso suena siniestro.

-Es que el tema de la violencia de género se exacerbó tanto que ahora, todo caso de una mujer asesinada es considerado un femicidio y no siempre tiene que ser así, al

menos desde el punto de vista del Derecho Penal -mi amigo negó con la cabeza, cambiando el gesto de su rostro por uno de disgusto.

Más allá de las especulaciones de Eduardo, lo cierto era que unas semanas antes de la pelea mortal entre Quiroga y Brusco, el Ministerio de Agricultura de la Nación había suspendido provisoriamente la matrícula del empresario para seguir operando en el mercado de la carne.

De acuerdo a las autoridades de dicha cartera, los inspectores detectaron que uno de los frigoríficos de Brusco, el más grande de todos los de su propiedad y que se ubicaba en el mismo distrito que su domicilio, se faenaban animales por debajo de los 300 kilogramos, el mínimo permitido. Si bien en esa inspección se hallaron unos 70 animales en esa condición irregular, la empresa faenaba unos 10 mil al mes. Y, además, se descubrieron declaraciones juradas adulteradas en las que figuraban pesajes por encima a los reales.

Al recibir esta sanción, aplicada con el objetivo de controlar la competencia desleal y las prácticas irregulares en el comercio de carnes por la Dirección Nacional de Matrículas y Fiscalización (DNMyF), el empresario tuvo que detener la actividad de su principal frigorífico hasta recuperar su matrícula en el Registro Único de Operadores de la Cadena Agroalimentaria (RUCA).

Esta maniobra contra Brusco se enmarcó en que había sido puesto en funciones un nuevo subsecretario de Control Comercial Agropecuario que quería mejorar la imagen de este organismo ante el ministro del área, por lo que buscó aplicar una medida ejemplificadora.

Sin embargo, existían otras cuestiones de fondo ya que muchos de los frigoríficos pertenecientes a otras firmas e inversores, incluso más grandes que los de

Brusco, operaban del igual modo; así que esta sanción no implicaba simplemente una lucha frontal contra la evasión y recuperar la actividad ganadera.

Tras recibir la suspensión de su matrícula, Brusco quiso tomarse revancha del gobierno e inmediatamente llamó a concurso de acreedores para poner en peligro unos 400 puestos de trabajo, algo que el ministerio no permitiría ya iba en contra del discurso del gobierno nacional.

Esto desató una crisis en la que hubo negociaciones entre ambas partes y en las que Brusco prometió reubicar a los trabajadores en otras empresas de su propiedad si, a cambio, el ministerio no sólo le devolvía la matrícula sino que también le mantenía los subsidios que había comenzado a recortar.

En realidad, el tire y afloje entre el empresario y funcionarios gubernamentales existía desde hacía varios años, cuando se puso en marcha un programa mediante el cual Brusco aportaba siete cortes populares un precio 40% más bajo que el del resto del mercado como asado, vacío, picada, matambre, bife ancho y *roast beef*.

Lo que no figuraba en los contratos ni anuncios que el gobierno luego difundía con el objetivo de brindar asistencia social era que el empresario frigorífico obtenía un aumento en sus cuotas para exportar, la rama más rentable del negocio y que estaba bajo un férreo control oficial para asegurar el abastecimiento interno.

De esta manera, mientras el resto de los frigoríficos no podían exportar más de un determinado pesaje, Brusco logró hacerlo por mucho más, gracias a la venia del gobierno que evitaba aplicarle sanciones cuando había un exceso o adulteraba los permisos oficiales.

El éxito de este acuerdo había convertido a Brusco en el empresario de la carne preferido del ministerio, lo que llevó a que fuese considerado como un posible candidato en las elecciones legislativas de 2011.

Pero al quedar finalmente afuera de todas las listas, el empresario decidió elevar los precios de los cortes incluidos en el programa argumentando que el negocio arrojaba pérdidas y los subsidios no le alcanzaban para cubrir ese déficit, ante lo cual, el ministerio dio de baja el acuerdo -a pesar de que no era ésa su intención- basándose en que la realidad política le marcaba que no había más dinero en el presupuesto asignado.

Además, los funcionarios del área cancelaron los aportes de dinero en negro que Brusco pedía -a modo de extorsión- para mantener el programa y no echar trabajadores, y que se entregaban en bolsos de mano y cuyos contenidos terminaban inscriptos en un cuaderno como los utilizados por los viejos almaceneros de barrio, aunque en este caso bien podría decirse que eran cuadernos de carnicero.

Con el abrupto final del programa de carne barata, los camiones con cámaras frigoríficas utilizados para distribuir miles de kilos de los mencionados cortes en las carnicerías móviles -cada uno con su mostrador y grupo electrógeno- y que se montaban a diario en los principales barrios del área metropolitana quedaron tirados en los fondos del predio de la empresa de Brusco, como chatarra.

Por su parte, el sindicato de los Trabajadores de la Carne denunció estas maniobras ante la prensa y la justicia, aunque esta última no avanzó en la investigación y la basura se colocó debajo de la alfombra, para que nadie la viese.

Recién cuando los cuadernos del carnicero Brusco llegaron a manos de Quiroga se destapó el escándalo ya que la abogada realizó fotocopias de los mismos en secreto y, a escondidas, se las entregó en persona a un periodista de unos de los principales matutinos del país que publicó una serie de artículos en los que, en contrapartida, protegió el anonimato de su fuente y la cubrió con otras en *on the record*.

“Este país se está yendo a la mierda”, masculló Eduardo, quien, con la cabeza apoyada sobre su palma derecha, miraba con aire melancólico cómo seguía lloviendo afuera del café.

Al escucharlo lo miré fijamente y sorprendido porque si algo había caracterizado a mi amigo durante años era el optimismo.

-Quedate tranquilo, igual -me dijo tras advertir mi postura expectante-. Lo tuyo va a salir bien. Va a ser difícil pero tarde o temprano va a salir bien.

-Menos mal -respiré aliviado-. Pensé que ya te habías contagiado de mi pesimismo innato.

-Eso sí -Eduardo cruzó los brazos sobre la mesa y bajó el tono de su voz-: cuando esto termine, con la plata que obtengas de la venta de la casa te vas a ir de viaje, bien lejos de acá.

-¿Por qué? Si una vez que logre eso se acabaron mis problemas.

-Los problemas nunca se acaban y menos con este gobierno.

-Entonces sí te contagiaste de mi pesimismo -bromeé, aunque mi sentido del humor no se hizo eco en la conducta gestual de mi amigo abogado, quien permaneció serio y pensativo.

-Te hablo en serio: hay que alejarse de las grandes ciudades e irse preferiblemente al extranjero.

-¿De qué estás hablando?

-Lo que te voy a decir es un rumor pero que está cobrando cada vez más fuerza.

-A ver... -acerqué mi silla hasta el borde de la mesa e incliné mi cabeza hacia adelante.

-El gobierno acordó con el poder judicial un plan para endurecer el control estatal sobre la ciudadanía y que incluye una reforma militar para reclutar jóvenes.

-¡Dejate de joder! -me eché hacia atrás, contra el respaldo de la silla, cuyas patas rechinaron contra el suelo.

-Esto es serio.

-¿Y cómo te enteraste?

-Me lo confirmó la vieja que es la titular de mi cátedra en la universidad.

-¿La que trabajaba en la Corte Suprema?

-Ajá.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, que se tensó como una placa de zinc, al tiempo que recordé alguna de las historias que otros amigos mayores que yo me habían contado sobre sus padecimientos en el servicio militar, cuando todavía era obligatorio.

-Te dije que esto era serio -indicó Eduardo ante mi helada reacción.

-Bueno... -balbuceé una vez que se me aflojo la mandíbula -A nosotros no nos afecta directamente.

-Estoy de acuerdo, pero no puedo evitar pensar en mi sobrino, que está por terminar el secundario -aclaró el abogado, un soltero empedernido que adoraba al hijo de su hermana, separado del padre del chico, como si fuese suyo, lo que de alguna manera compensaba la ausencia del papá biológico.

-Cierto -me llevé la mano a la boca por unos instantes.

-Tampoco me olvido del hijo mayor de Juan Manuel, que es un rebelde sin causa con la edad justa para convertirse en carne de cañón para estos tipos.

-¿Y qué vamos a hacer? -mis palabras atravesaron los minúsculos huecos formados entre los dedos de mi mano y los regaron con un aliento tibio.

-Llegado el momento hay que dejar este país, siempre y cuando nos dejen hacerlo, claro está.

-¿Vos decís que van a cerrar las fronteras también?

-No creo que lleguen a tanto porque éste es un gobierno que le gusta vincularse con el resto del mundo. Pero a medida que pase el tiempo va a resultar cada vez más difícil, económicamente hablando, salir del país, aunque sea de vacaciones.

-Es que si no logran contener la inflación y la devaluación, esto se convierte en una cárcel económica y financiera.

-Tal cual, hermano.

-Al final, son todos iguales: se enferman de poder y no respetan nada ni a nadie. Sean de izquierda, de derecha o de centro, se creen que son los dueños del país.

-Y del mundo. Porque este plan de locos es posible gracias al financiamiento del exterior, sobre todo, de los israelíes, que desde hace años que le venden armas y equipamiento a las fuerzas armadas y de seguridad nuestras.

-Ya me parecía que este gobierno no tenía los recursos suficientes para semejante plan.

-Igualmente, no te olvides de la plata que se ahorró en los últimos años con los recortes y ajustes en el gasto público y los subsidios.

-Tenés razón.

-Y cuando pongan en marcha este plan se acabaron todos los planes sociales.

-¡Qué hijos de puta! No lo puedo creer.

-El mundo moderno siempre ha sido así: el principal negocio son las armas y tener un servicio militar grande y poderoso. Fijate los yanquis, los rusos y Corea del Norte. Si no tienen una guerra que pelear, se la inventan.

-Además, hipótesis de conflicto siempre las hay.

-Exactamente: mirá lo ocurrido en el sur con los territorios tomados por los supuestos pueblos originarios. Eso se resuelve con las fuerza armadas. Lo que pasa es que hasta hoy, nadie quiso asumir el costo político de semejante campaña.

-Qué se yo, hermano -resoplé-. Yo no sé si quiero irme del país. Una cosa es viajar y otra vivir en el exterior.

-Ya lo sé, ya lo sé -Eduardo bajo la vista y se rascó la nuca, cubierta por su cabello ensortijado y cada vez más canoso-. Lo único que se me ocurre en este momento es cruzar el río e instalarme en la costa a tomar mate y comer chivito.

-No es un mal plan, eh -acoté algo más tranquilo, a lo que mi amigo curvó suavemente la boca, con agrado.

En cambio, afuera, en la calle, la gente seguía maldiciendo el pésimo clima que no arrojaba signos de mejora, al menos en el corto plazo.

La titular de cátedra había sido sincera con su ex alumno preferido y le confesó un dato confidencial, pero lo que Eduardo no sabía, y ella no estaba dispuesta a divulgar por ningún motivo o circunstancia, era que su esposo pertenecía a una sociedad secreta junto a varios altos funcionarios del gobierno nacional y que en ese ámbito se había planeado un cambio radical en la seguridad urbana.

Lo que parecía otra política descabellada del Poder Ejecutivo -al menos eso fue lo que creyó Eduardo al enterarse del plan- fue, en realidad, la intención de esos “secretistas” de poner en marcha un protocolo que involucraba al grupo denominado “Los Ni-Ni”.

Esta porción de la sociedad incluía cerca de un millón de jóvenes de entre 18 y 25 años que no estudiaban ni trabajaban y que para el gobierno resultaban una pesada carga para el desarrollo y progreso del país.

Por ello, la reforma se basaba en dictar la obligatoriedad de que estos jóvenes formasen parte de las “Nuevas Fuerzas Armadas”, principalmente el Ejército, y fuesen

confinados a los cuarteles para recibir un “entrenamiento apropiado”, el cual incluía un plan de estudios terciarios para que en el futuro tuviesen una profesión u oficio.

En total, sería un año en la Escuela de Suboficiales para desarrollar la carrera de “Armas” y luego dos años más en la de “Especialidades y Servicios” que ofrecía cursos de mecánica, electricidad, enfermería, informática, administración y música, entre otros ramos.

De acuerdo al plan, tras el primer año de entrenamiento, los mejores “cadetes” saldrían a patrullar las calles junto a las fuerzas de seguridad de cada distrito en tareas de prevención del delito y cumplimiento de las leyes básicas de convivencia.

Cada patrulla estaría integrada por varios de estos jóvenes, liderados, a su vez, por soldados con experiencia y trayectoria; mientras que el personal de Gendarmería Nacional (GN) y Prefectura Naval (PN) regresaría a su jurisdicción de origen en las fronteras del país y la Policía de Seguridad (PS) a las terminales aeroportuarias.

Al mismo tiempo, otra parte de los “cadetes” permanecería dentro de los cuarteles atendiendo tareas vinculadas a higiene, alimentación, limpieza, etc.

Además, en dichas instalaciones se llevaría a cabo una intensiva preparación en diversas actividades deportivas.

Y al finalizar los tres años obligatorios, lo que equivalía al tiempo que demandaba un terciario común, los egresados tendrían la oportunidad de continuar dentro de la fuerza y en la Escuela de Oficiales.

Los promotores de la reforma sostenían que de esta manera los “Ni-Ni” -que abarcaban un cuarto del total de la población de entre 18 y 25 años- dejarían de estar expuestos a las adicciones y la delincuencia; y que aumentaría la matrícula universitaria y la demanda de trabajo formal ya que, en la actualidad, del millón de personas que representaba, unas 700 mil ni siquiera buscaban empleo.

En contrapartida, el gobierno dejaría de brindar subsidios a las familias de estos jóvenes -más del 50% eran mujeres- para ahorrar dinero e invertirlo en el mantenimiento del proyecto.

Y también buscaría compensar el deficiente accionar de la Policía Local (PL), cuyos efectivos apenas tenían un entrenamiento de seis meses y luego salían a la calle armados y casi siempre a pie y de a dos, por lo que en muchas ocasiones terminaban siendo asaltados por delincuentes que les robaban sus pistolas sin que ofrecieran resistencia.